

JUMILLANOS FRANCISCANOS EN EXTREMO ORIENTE (FRAY DIEGO DE JUMILLA)

FRANCISCO GÓMEZ ORTÍN

Resumen:

Este artículo se endereza a desvelar la personalidad de varios eximios misioneros, nacidos en Jumilla (Murcia), en especial, la abracadabrante biografía de Fr. Diego de Jumilla, entre aventuras inauditas. Su ingente labor apostólica asombra por el cúmulo de frutos espirituales, cual las innumerables conversiones de paganos. Las peripecias sobrevenidas a Fr. Diego podrían parecer imaginarias, pero están bien documentadas en el rico Archivo Franciscano Ibero-Oriental (Madrid).

Palabras clave:

Misioneros Franciscanos, Islas Filipinas, Conchinchina, Vietnam, Laos, Jumilla, Fr. Mateo de Jumilla – Fr. Lucas Tomás, Fr. Diego de Jumilla – Archivo Franciscano Ibero-Oriental.

Abstract:

This present article focuses on some old Spanish Franciscan missionaries. Among them, three friars, born in Jumilla (Murcia), stand out, mainly, the famous Diego of Jumilla, but nowadays totally unknown even in his hometown. The great missionary Didacus spent his life in South-eastern Asia, involved in many incredible adventures. Perhaps he died poisoned by a French individual, enemy of Spanish missions. Finally, his hard apostolical labour achieved a large number of converts to Christianity and other spiritual fruits.

Keywords:

Franciscan Missionaries , South-eastern Asia , Philippines – Conchinchina , Vietnam, Jumilla (Murcia) , Fr. Mateo of Jumilla, Fr. Lucas Tomás, Fr. Didacus of Jumilla, Franciscan Archives Ibero-Oriental (Madrid).

Gracias al escritor jumillano Lorenzo Guardiola, no era del todo desconocida para sus paisanos la figura de su coterráneo Fr. Mateo de Jumilla, apóstol franciscano del siglo XVI, que evangelizó por tierras del Perú, donde yace.

Sin embargo, otros misioneros, émulos de Fr. Mateo en arroyo evangélico, asimismo franciscanos e hijos de Jumilla, no han tenido la suerte de que algún investigador caritativo haya desempolvado su existencia. Citemos, por ejemplo, al P. Fr. Lucas Tomás (1646-1723), vocación misionera tardía, que, a los 43 años, aporta a Macao en 1689, aprendiendo precozmente la lengua china en un año. Después de haber misionado durante 16 años y ejercido de comisario provincial con sede en Cantón (China), regresa a Manila, y allí será definidor provincial y guardián del convento de Manila, donde fallece. Curiosamente, en carta al vicario apostólico (1693), se le escapa al P. Lucas un vocablo murciano, que él obviamente aprendería en su pueblo natal. Así, para ponderar lo mucho que rezan los chinos a sus muertos, dice que se «desvarillan» a rezar. Además escribió «una Carta al Obispo de Cantón, *De modo evangelizandi Regnum Dei*, la qual se imprimió en italiano en Colonia (1699). La segunda impresión fue en lengua francesa, también en Colonia, año de 1700», según Fr. Juan de San Antonio en su *Biblioteca Franciscana*, citado por el P. Salmerón en *Historia del convento de Santa Ana del Monte de Jumilla*, ms., pág. 438.

Pero, es otro relevante misionero, igualmente ignoto, cuya memoria pretendemos exhumar. Nos referimos al P. Fr. Diego de Jumilla o el «Venerable Fr. Diego de S. Benito de Palermo» (como lo nombra el cronista Fr. Eusebio Gómez Platero). Muy pocas serán las personas a quienes les suene el nombre de Diego de Jumilla. Con todo, su novelesca biografía, absolutamente documentada, haría las delicias del novelista cartagenero Pérez Reverte.

Intentaremos trazar una amena semblanza de tan apasionante personaje. El archivo de la Provincia franciscana de San Gregorio de Filipinas, hoy radicado en Madrid, guarda riquísimo material referente a nuestro misionero jumillano, como son cartas suyas y de otros religiosos, escritas en finísimo papel de arroz, dando cuenta de sus avatares por el Sureste asiático. El marco de su acción apostólica discurre entre las Islas Filipinas e Indochina. Su vida, de febril actividad, se dilata tan sólo por 48 años, hasta su muerte en Conchinchina, hoy Vietnam meridional. Allí se aplicó al menester pastoral con entusiasmo incontenible, a la vez que ejercitaba su destreza en la medicina, llegando a efectuar curas maravillosas, que le granjearon fama en la misma corte real. Sus peripecias dimanaron siempre de su celo irrefrenable por la propagación de la fe, dados los vaivenes de la política, ya favorable, ya adversa a la religión cristiana. Nace nuestro biografiado en Jumilla a 6 de setiembre de 1733, siendo bautizado al día siguiente con los nombres de Diego Pascual en la parroquia de Santiago por D. Juan Giménez Pérez, cura teniente. ¿Cómo podían imaginar sus padres, Diego García Enciso y Mariana Torrecilla, así como el compa-

dre Pedro García Otazo y el mismo presbítero bautizante, que aquel niño cristianado, llegaría a ser primer mandarín del rey de Conchinchina y primer médico de su corte, a fuer de intrépido misionero? A su vez, los dos nombres impuestos en el bautismo, no sólo patentizan la devoción franciscana de los padres, sino que presagiaban ya la futura vocación franciscana del neófito.

Extraña el que, habiendo en Jumilla a la sazón dos conventos de descalzos, pertenecientes a la Custodia de San Pascual, no ingresara Diego ahí, sino en la recién constituída (1750) Provincia descalza de la Concepción, extendida mayormente por la actual provincia de Cuenca. La causa debió de ser la vinculación a Cuenca, pues su madre era natural de esa ciudad.

Tomó el hábito en el convento de San Miguel de Priego (Cuenca) el 16 de julio de 1749, profesando el 16 de julio de 1750. Fue reclutado en 1756 para la expedición a Filipinas, conducida por el P. Vicente Sellés, y formada por 60 misioneros. Presentó título de predicador de su Provincia y de confesor dado por el comisario general de México. La misión, que había zarpado de Cádiz el año 1757 en el navío La Santísima Trinidad, arribó a Manila en julio de 1759.

Pronto, el 5 de octubre del mismo año, Fr. Diego era destinado a las misiones de Indochina. Huelga decir que de inmediato se entregaría al aprendizaje del idioma conchinchino, al que otro misionero español calificaba de «diabólico» en 1776. Embarcóse en el patache Santa Gertrudis el 17 de febrero de 1760, fondeando la nave en el puerto de Batavia (Java) el 13 de marzo. Ante la imposibilidad de entrar en Conchinchina, se vio forzado a permanecer allí todo el año, aunque nada inactivo. Su quemante espíritu misionero no sufría el cruzarse de brazos en aquel abigarrado emporio comercial. Ni siquiera la solapada persecución que le movieron holandeses y franceses fue óbice para llevar a cabo su tarea pastoral. «Las confesiones que hemos hecho —dice el P. Jumilla— Fr. Pedro y yo han sido muchísimas de todos estados de gentes, prescindiendo de los barcos de Manila, así españoles como indios, asistiéndoles en sus enfermedades. Hemos confessado holandeses en lengua portuguesa y latín, y también franceses. Mugerres de Bengala y portugueses de Goa; un principal de Batavia, que es el mayordomo del General; muchos españoles marineros de los barcos holandeses; indios de Ceilan y malayos, de suerte que se ha hecho mucho fruto espiritual, y solo por esto, doy por bien empleado el haber venido por Batavia».

Fracasados varios intentos de entrar en Conchinchina, por fin a primeros de mayo de 1761, después de sufrir el asalto de unos piratas, lograron poner pie en la provincia meridional de Dounay, llegando a la ciudad de Canthu en el pequeño reino de Kangkao. Nos entera de las particularidades del viaje la carta del P. Francisco Hermosa al P. Provincial de Manila: «Yo me hallaba convaléciente quando llegaron los hermanos predicadores Fr. Diego y Fr. Pedro, y con la alegría de su vista fui

comiendo y engordando muy bien, para dar después de comer a la sarna que me pegó uno de los dos religiosos, de la que venían cargados, y totalmente descargados de las cosas que trahían de la Santa Provincia, pues de todas les aliviaron los ladrones malayos». Ya en 1761 aparece como visitador de la V. O. Tercera en Camboya. A mediados de 1763, pese a seguir la prohibición contra los misioneros, el P. Jumilla, vestido de chino, logró entrar en Conchinchina por Saigón, donde permaneció cuatro meses en casa de un mandarín cristiano, administrando sacramentos, sobre todo confesiones y 400 bautismos (100 de adultos, entre ellos el de un bonzo de 62 años y su mujer). En enero de 1764 fue apresado por los gentiles, de los que se libró entregándoles algún dinero, por lo que se vio obligado a refugiarse en Kangkao, territorio independiente. Durante su estancia aquí, bautizó a 76 adultos y 171 párvulos, y administró 1200 confesiones. A principios de 1766, por decreto del nuevo rey Hué Vúong, se permitió en Conchinchina la libertad de la predicación evangélica. Presto se introdujo allá el P. Jumilla, desde donde escribe: «Todos los mandarines saben que andamos de pueblo en pueblo administrando, y no se oponen, ni envían soldados para prendernos. El número de los creyentes cada día se aumenta más, pues sólo desde enero de este año hasta este mes de julio, tengo bautizados adultos 158, entre estos, tres magos, un hijo de un mandarín de la corte, de edad de 24 años; apóstatas, más de 80, confesiones pasan de 5.000. Este año se han celebrado los oficios divinos públicos, y se están fabricando iglesias públicas». En noviembre se hallaba en Saigón. A 10 de febrero de 1767 hubo junta de misioneros en Toduc, entre ellos el P. Jumilla. Pero, a duras penas, pudieron milagrosamente escapar del asalto de los gentiles. Fue enviado a las provincias norteñas en 1770, pasando en junio de 1773 al puerto de Turán y de ahí a la corte real. Por dos veces desempeñó el oficio de comisario provincial de los misioneros de Conchinchina; la primera, en 1775, y la segunda, desde mayo de 1780 hasta su muerte. Estando de médico del rey, en carta de 1779, le pide al Provincial que le envíe de Manila a Fr. Martín de Robles, pues podía servir como cirujano a la familia real.

Resaltamos su eficaz dedicación a la medicina, pues esta interesante faceta de su personalidad es la clave tanto de su ingente labor misional como de sus asombrosas aventuras. Al igual que en Japón y China, también aquí, la asistencia y cura de los enfermos indígenas fue la llave que abrió a los misioneros el camino para la evangelización de los infieles. «Los libros que tratan de medicina práctica son muy necesarios al misionero para curar sus enfermedades y de los pobres desvalidos, por cuyo charitativo ejercicio se logran muchas almas para Dios», afirmaba una Instrucción de 1769. Nótese además que en Conchinchina la medicina se hallaba en lamentable atraso, hasta el punto de escribir un misionero: «Ponerse en manos de los médicos de Conchinchina es peor que ponerse en las manos de un albéitar de Europa; porque éste, con el estudio y práctica de curar los irracionales, suele curar muy bien a los racionales». Es bien sabido que la formación de un misionero incluía cierta práctica médico-quirúrgica. Con todo, precisamente, en el caso de Fr.

Diego, era bien somera la preparación. «No tenía –informa el P. S. Alcobendas– ninguna preparación ni teórica ni práctica, cuando llegó; pero, como era de genio activo y de ánimo atrevido, viendo que el ejercicio de la medicina le podía ser de gran utilidad en la propagación de la fe, se dedicó a estudiarla en privado y a practicarla». Compañeros de él afirman, que «era bastante diestro en medicina, aunque no de profesión», y «llegó a introducirse con algunos mandarines, como cuatro o cinco años a esta parte, por causa de la medicina, que, sin saberla, Dios le hizo médico, y assi cada día fue más y más el conocimiento». En efecto, su audacia y tesón suplieron sus lagunas o parvo saber en el arte de Galeno, coadyuvando a sus éxitos una providencial fortuna.

Su primera actuación como médico fue en 1768 en Lao-hó, curando al mandarín superior de esa ciudad. A la vez curó de una molesta ciática al segundo mandarín de la ciudad, en cuya casa se hospedaba, quien no le permitía que se alejara mucho de su lado por el alivio que experimentaba con las medicinas aplicadas por el P. Diego. Hasta el punto que, viéndose este mandarín precisado a pasar a Saigón para presentarse al virrey, le llevó en su compañía con título de médico. Vuelto el mandarín a su casa, quedó el P. Diego en Saigón, como médico del virrey, por espacio de cuatro meses, estando –escribe él mismo en octubre de 1768– «con grandísima estimación, por algunas curas que hice con la ayuda de Dios y oraciones de los cristianos». Para 1772 ya tenía el P. Jumilla chapa con el título de médico del mandarín general de las tropas y era, además, médico del ejército. Concluida la guerra, consiguió de dicho mandarín un informe de los servicios por él prestados al rey mediante las curas hechas a la tropa. Con este informe marchó hacia la corte, destinado por el comisario provincial franciscano para administrar en las provincias septentrionales. Su intención era el recabar del rey licencia para andar libre por todo el reino de Conchinchina.

En marzo de 1774, antes de haber llegado a la corte el P. Jumilla, estando en la provincia de Cham, los mandarines de las tropas sublevadas, que acababan de vencer a las del rey, le propusieron que se fuera en su compañía, sirviéndoles de médico. Sin embargo, pese a recibir de los jefes rebeldes muchos favores, declinó seguirles. Derrotados estos poco después por las tropas leales, el P. Jumilla se presentó al tío del rey, que mandaba el ejército real, y le solicitó y consiguió la chapa que deseaba para poder ir con libertad a cualquier parte. En carta de mayo de 1775 el mismo P. Jumilla explica cómo estaba ya de médico del rey, cargo que conservaría hasta su muerte: «El tiempo es muy corto por los muchos negocios en que, contra mi voluntad, me hallo bastante embarazado, por estar en servicio del Rey primeramente y de los mandarines, que me tienen mareada la cabeza con las medicinas y cataplasmas de Galeno: agregándoseme a esto, la administración, que desde que llegué aquí, no me dexan descansar un día, lo qual hago de mejor voluntad, que no los emplastos y jaropes». Esto mismo corrobora en carta de 1779: «Yo me hallo ahora

en la mayor estimación con toda la familia real, que todos los días assí la madre del Rey, su tía, sus hermanos y el mismo príncipe siempre están en nuestra cassa: toda la familia real no toma medicina, sino de nuestra cassa, por lo qual estoy con el mayor auge que se puede imaginar».

Si bien la verdad no llegó a averiguarse con certeza, pero hay razonables sospechas de que pudo morir a causa de envenenamiento. Así lo manifiesta el P. Juan Duárez en un *Memorial* presentado al Rey Carlos IV en 1784: «El Comissario de la Mission de Conchinchina i maestro espiritual del buen Rey, fue muerto con veneno por un francés familiar del Vicario Apostólico de Propaganda, enemigos inveterados de nuestras misiones seráficas de españoles». El P. Ginestar, que lo asistió en su última hora, resume en términos muy elogiosos su labor misional: «Todo el mundo entendió ya que Fr. Diego de Jumilla fue, a costa de innumerables fatigas y sustos de muerte, el consuelo universal de los christianos de este reyno. Dios nuestro Señor fue servido llevar para sí a nuestro protector para con el Rey y toda su Corte de Conchinchina, esto es, nuestro H^o Fr. Diego de Jumilla. Por el discurso de las circunstancias que juzgo ocasionaron la muerte de nuestro Hermano y los sentimientos que ésta causó universalmente en los christianos, podrán conocer la falta que padecemos el día 5 de noviembre del año pasado. Como el zelo de las almas fue quien arroxó las fuerzas de nuestro Hermano difunto, al conocer en el año pasado los contrarios efectos al sosiego y paz de estas christiandades, que de remedios en su principio muy consolativos resultaron, fue mucho el quebranto, que su engañosa salud padeció». (Alude a la guerra promovida contra el rey, que frustró las esperanzas de libertad duradera para las misiones). Al percatarse de que todos sus esfuerzos habían sido baldíos, se sumió en una «melancolía» o depresión, «que le quitó el apetito de comer y también las fuerzas». Asimismo, se vio acometido de gran temor a los rebeldes, pues no se atrevía a dormir en nuestra casa de Chokuang. Fue preciso que el rey, para tranquilizarlo, le mandara vigilantes con el mensaje siguiente: «Sepa el Maestro *Oai* (así le llamaban) que en Conchinchina solo mando yo, y assí, solo al cielo deve el Maestro temer». Una vez fallecido el P. Jumilla, «no es decible el clamor y llanto, no solo de los christianos de Chokuang, sino también de quasi todas las christiandades de estas provincias, concurriendo a hazer sus oficios de difuntos por el término de 6 días, en que estuvo el cadáver insepulto, aunque bien custodiado en un competente cajón. Concurrieron con algunas ofertas de cera los señores de la Casa real, empezando el Rey y sus hermanos en demostración de benevolencia, muchos otros mandarines gentiles hizieron lo mismo. El entierro, al que asistieron los hermanos del Rey, hízose el día 11 de noviembre. Fue con pompa por ser nuestro Hermano mandarín del Rey, aunque procuré se moderasse lo possible». Poco después de su muerte, los rebeldes se apoderaban de Chokuang, donde saquearon la iglesia, y quebrantaron la sepultura del P. Jumilla, buscando algún tesoro que pensaban se escondería en la caja.

De entre el cúmulo de sucesos que le acaecieron a nuestro Fr. Diego, seleccionamos dos episodios dramáticos, ocurridos cuando el levantamiento contra el Rey (1774-78). El primer hecho sucedió en pleno avance de las tropas sublevadas. Nos lo relata el mismo P. Jumilla. «Los levantados se apoderaron de la Provincia de Châm: llegaron a nra. iglesia adonde yo por entonces me hallaba solo, que fue el día 11 de marzo, víspera de nro. Patrón S. Gregorio; luego al punto, de acuerdo de los Chatechistas, me escondí en un monte contiguo a nra. iglesia junto con un muchachillo que me servía, de edad de 14 años. Estaba entre los árboles emboscado rezando las vísperas de nro. Patrón, quando de repente, cerca de mí, oigo gritar: Dispárale, dispárale. Mi muchachillo huyó luego; yo en su seguimiento, saltando por aquellas breñas, desgarrados todos los vestidos con los espinos, y todas las piernas, manos y rostro arañadas con los espinos y brotando sangre, me fui a nra. iglesia, y allí a los pies del altar, en donde estaba una imagen de Nra. S^a. de la Concepción de bulto y una imagen de Nro. P. S. Francisco pintada en lienzo, me postré, y mandé a mi muchacho encendiera dos velas, y allí esperé a los levantados, que a poco rato llegaron como diez y siete de ellos con las espadas desenvainadas, y luego uno de ellos me puso una daga al pecho, y con grandes voces me preguntó adonde estaba la plata y todas mis cossas. Yo me postré por tres veces a toda aquella chusma, y les dije: que yo era misionero y que había venido a este Reyno a predicar la Fe de nuestro Salvador Jesús, que en quanto a mis cossas solo tenía aquellas que servían para el culto y adoración del verdadero Dios. Empezaron luego a registrar toda la cassa, me quebraron todas las llaves de los caxones, y habiendo tomado todo lo mejor dexando quasi destruida toda la cassa, se fueron: solo al altar no se atrevieron a hazer irreverencia alguna. Vinieron varios mandarines de los levantados a visitarme y pedirme medicina, y les debí bastantes favores, como el que me daban licencia para predicar públicamente el Sto. Evangelio y hazer iglesias, y para esto despacharon una chapa que contenía el perdón de la Santa Ley».

Así narra el segundo episodio el P. Santiago Ginestar, al explicar el gran afecto del rey hacia Fr. Diego. «Sin licencia del Rey, nuestro Hermano Comissario (Fr. Diego) no puede ausentarse de esta casa por el espacio de un día, por estar frecuentada por las personas reales, que agradecidas al libertador de sus vidas, como lo fue nuestro Hermano en tiempo del levantamiento del Tayzon, escondiendo al Rey y a su hermano baxo de la cama de nuestro Hermano, en donde fueron buscados y no hallados, por la traza y ardid con que los disimuló nuestro Hermano. Por los continuados favores, que su Magestad concede en favor de las christiandades a petición de nuestro Hermano Comissario, estamos los misioneros con los christianos en pacífica libertad». El P. Gómez Platero completa la información al respecto: «El rebelde aspirante al trono, favorecido por la suerte, llegó a apoderarse de la capital, teniendo que huir el rey y refugiarse en la morada de Fr. Diego, quien los ocultó en su dormitorio y alejó de ellos el peligro arengando a la muchedumbre que estaba a la puerta en busca de los fugitivos. Sin el temor ya a las turbas, huyó el misionero,

llevándose a la familia real y se acogieron a la isla de Hou-Fu-Quoc, donde el rey, agradecido a la fidelidad de Fr. Diego, le nombró primer mandarín del reino, cuyo diploma, en papel amarillo de dos varas en cuadro, se conserva en nuestro archivo. Diose tan buena traza Fr. Diego en el cuidado de los intereses del rey caído, que reorganizó el ejército real, y en 1778 entraba triunfante en la capital y reponía al rey».

Si hoy la fe está firmemente arraigada en Vietnam, se debe al esfuerzo y denuedo de heroicos misioneros, que gastaron sus vidas en la cristianización de aquellas gentes. Tal, nuestro Fr. Diego, que, durante 20 años, recorrió, incansable, los reinos de Camboya, Siam, Annam y Conchinchina, a veces de forma clandestina a causa de la persecución. Sin duda que las cristiandades vietnamitas recordarán todavía al P. Fr. Diego de JUMILLA, uno de sus padres en la fe, mientras que en su ciudad natal se desconoce la existencia de este hijo preclaro, que difundió por luegas tierras el Evangelio, junto al nombre de su patria chica, JUMILLA.

Todos los datos históricos que aportamos sobre los misioneros jumillanos están absolutamente documentados en las fuentes originales, que obran en el fabuloso *Archivo Franciscano Ibero-Oriental*, sito en Madrid, calle Narciso Serra, 2. Los riquísimos fondos de este Archivo fueron allegados durante los siglos que los franciscanos de la Provincia de Castilla de San Gregorio trabajaron en territorios de Asia (Filipinas, Japón, China, más Indochina, o sea, Vietnam, Camboya, etc.).